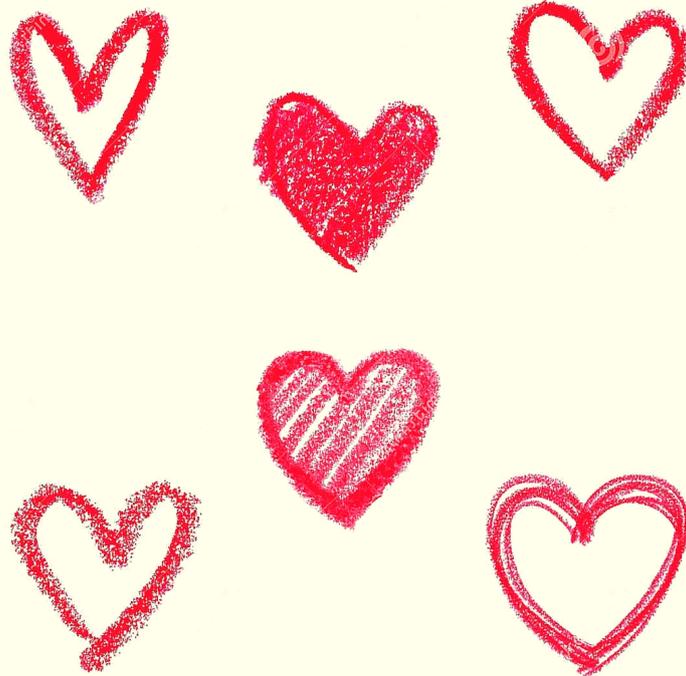


DICTADOS DEL CORAZÓN (Lo que dicta el corazón y no la razón)

Mar Armenteros

DICTADOS DEL CORAZÓN



lo que dicta el corazón y no la
razón

Mar Armenteros



Capítulo 1

Valencia, noviembre de 2004.

El coche se precipita por aquel barranco que se ha interpuesto en nuestro camino. Caemos al agua, quedando atrapados en el interior del vehículo. Luchamos con todas nuestras fuerzas por salir de allí, mientras el habitáculo se inunda de agua rápidamente, pero la presión que esta ejerce sobre las puertas hace imposible su apertura.

—¡Vamos a morir, Aitor!

—¡No, Ana! ¡Aguanta, saldremos de aquí! —me dice él cogiéndome de las manos fuertemente.

Escruto su rostro, está tan asustado como el mío. Sin embargo, sus palabras son tranquilizadoras.

Aitor hace todo lo posible por abrir las puertas, bajar las ventanillas, romperlas. Pero es imposible. El interior del coche está cada vez más inundado, el agua ya llega hasta nuestros hombros; pronto cubrirá también nuestras cabezas, y no podremos aguantar mucho tiempo bajo el agua. Pronto todo habrá terminado.

—¡Hola, Ana! —me saluda Esther por teléfono.

—¡Qué tal, amiga! —estoy alegre por escucharla.

—Hoy es el cumpleaños de Adrián, un cuarto de siglo ya. ¡Uou...., si hace dos días estábamos celebrando nuestra mayoría de edad! ¡Qué rápido pasa el tiempo, Ana!

—Y que lo digas.

—Lo va a celebrar con una fiesta en su casa, bueno, en casa de sus padres, ya sabes. Espero que Aitor y tú os apuntéis —me dice, ilusionada.

—¿Es una invitación? —pregunto, sabiendo que lo es.

En realidad, no necesito que ni Esther ni Adrián me inviten a la fiesta de cumpleaños. Somos amigos desde hace mucho tiempo y hay ciertas

fechas ineludibles para nosotros. Y, por supuesto, son celebraciones que se agradecen.

—Sí, Ana, es una invitación —me dice ella con aparente disgusto—. Ni siquiera sé por qué lo preguntas.

—Bueno, ya sabes que soy terriblemente fastidiosa —le respondo, agravando mi voz por el teléfono. Suena más bien como una burla.

—Sí, lo sé. Eres terriblemente fastidiosa, y también... terriblemente insoportable y quejica, pero te quiero de todas formas.

—¿Porque también soy terriblemente divertida y, tal vez, tu mejor amiga?

—Eh, sí, por eso.

Ambas soltamos una breve risita por el teléfono. Después, ella añade:

—Bueno, ¿os dejaréis caer por la fiesta, verdad?

—Claro, cuenta con nosotros.

—Entonces, pasaros por allí sobre las diez de la noche, en la mansión de los Santa María. Habrá música, alcohol..., y lo que tú quieras, Ana...

—Vale..., te entiendo, Esther —la interrumpo de inmediato. Sé donde quiere llegar, la conozco de maravilla—. Te veo allí, novia del cumpleaños.

Y cuelgo el teléfono. Enseguida llamo a Aitor.

—Hola, cariño, ¿te pillo en mal momento?

—No, Ana, ahora mismo no hay nadie en la farmacia. Dime —me responde mi novio muy cariñosamente.

Aitor es farmacéutico. Trabaja desde hace unos meses en la farmacia de su acomodada familia. Terminó la carrera hace unos años y se fue a Londres a estudiar inglés. Antes de su marcha éramos amigos, nada más, pero cuando regresó, más maduro y guapo de lo que lo recordaba, surgió entre nosotros un cariño muy especial que cada vez se fue haciendo más intenso hasta convertirse en amor puro.

—Hoy es el cumpleaños de Adrián —le aviso.

—Sí, lo sé, me ha llamado. Quiere que vayamos a su fiesta esta noche.

—Por eso te llamo, ¿iremos, verdad?

—Por supuesto, ¿lo dudabas? —me pregunta sin más.

—En absoluto, cariño.

Nadie se perdería una fiesta de Adrián Santa María. Son archifamosas, escandalosas y muy divertidas.

—Paso a recogerte a las nueve y media, ¿de acuerdo, preciosa? —me dice con dulzura. Su manera de pronunciar esa palabra es única, me encanta cuando lo hace, y lo sabe. Por eso lo hace.

—Hasta entonces, Aitor —le contesto en un tono apenas audible para mí; seguramente, él ni siquiera me ha oído, aunque sabe el efecto que esa palabra tiene en mí. Escucho una risita, pero cuelgo el teléfono. No sé por qué, pero las piernas me tiemblan cuando se la oigo decir, tal vez sea por la carga sugerente con la que la pronuncia, de manera apasionada, ardiente. Una vez más, me ha dejado fuera de juego.

Sé que Aitor me quiere, aunque nunca me lo ha dicho, y que me desea también. Pero yo le dejé una cosa muy clara antes de empezar nuestra relación, hace casi un año: debía esperar a que yo estuviese realmente preparada para acostarse conmigo. Soy virgen, en efecto, y tengo casi veinticinco años; y aunque he encontrado al hombre perfecto con el cual quiero iniciarme en el sexo y estrenarme en el deseo y la pasión, aún no estoy preparada para hacerlo. Esther no hace nada más que presionarme para que de ese paso, pero quiero estar completamente segura de que es el momento. Afortunadamente, Aitor respeta mi decisión, y sobre todo, me respeta a mí.

A las nueve y veinte ya estoy lista. Me despido de mis padres, los cuales desean que me divierta con mis amigos en la fiesta de cumpleaños de Adrián. A ellos les gustan mis amigos, en especial, Aitor. Dicen que es un buen partido, por su increíble fortuna. Pero a mí me gusta porque es el hombre más maravilloso del mundo, el que me acepta tal y como soy, gruñona y cascarrabias, el que escucha mis decisiones, apoyándolas y respetándolas, el que me tiende su mano y el que me hace sentir en una nube cada vez que me besa. No me importa su dinero, solo él. Y aunque es cierto que mi familia es humilde, no es dinero lo que busco en mi pareja, sino otro tipo de riqueza, como confianza y lealtad. Yo creo en el amor, y en Aitor lo he encontrado.

Esther, a diferencia de mí, solo busca lujo, sexo, nada más le importa. Por eso se ligó a Adrián. Él es rico, su familia tiene muchas empresas, fincas, casas..., mucho dinero, en definitiva. Y además, es el perfecto

seductor, según ella. Folla de maravilla. En realidad, son tal para cual. Como Aitor y yo, hechos el uno para el otro.

Salgo al porche de casa. Aitor ya está esperándome apoyado en su lujoso coche. Siempre es puntual, y yo nunca le hago esperar.

—Preciosa, Ana, como siempre —me dice con unos brillantes ojos azules.

Me he acercado hasta él con los andares de una niña ingenua, contoneándome pícaramente para provocar en él la expulsión de esa palabra que me vuelva loca cuando sale de sus labios.

—Tú también estás muy guapo, Aitor —y le doy un beso—. Te quiero —no dice nada, pero me responde besándome apasionadamente.

Como un perfecto caballero, me abre la puerta del asiento copiloto del coche y me invita a pasar.

De camino a la mansión de los Santa María escuchamos un poco de todo en la radio CD del coche, marca Clarion, tan sofisticada como su elegante BMW 330 ci de color azul metalizado. El trayecto es algo largo. La mansión está apartada de la ciudad, por una carretera de curvas peligrosas, pero vale la pena visitarla. La casa en sí es espectacular.

Al llegar, un aparcacoches se encarga del BMW de Aitor.

—iUou! —exclamo, asombrada—. Esto promete; es mejor que la del año pasado.

—Ana, solo se cumple un cuarto de siglo una vez en la vida.

—Tienes razón, pero cuando tú cumpliste los veinticinco no lo celebraste así —bromeo con él.

—Yo no tengo tanto dinero como este canalla —se ríe maliciosamente; sabe que no es verdad del todo. Su familia tiene dinero, pero a él no le gusta alardear demasiado.

—iHola, chicos! iPor fin habéis llegado!

Nos recibe Esther en el hall de la mansión. Le encanta hacer de anfitriona, sentirse protagonista.

—iHola, Esther! —la saluda Aitor educadamente—. Bonita fiesta.

—Eso no me lo digas a mí —le sonrío ella, divertida—. Sabes de sobra que yo no la he organizado. No me deja participar —le susurra cerca del

oído, como si temiese que alguien la pudiese escuchar.

—¿Tal vez porque quiera sorprenderte? —le dice Aitor con seguridad.

—Tal vez —una nueva sonrisa.

—¿Dónde está el cumpleaños? —pregunto a Esther—. Le hemos traído un regalo.

—Ah, venid, está fuera, en los jardines de la piscina. La pesada de Irene no le deja en paz. ¡Odio a esa...!

—Esther, tranquilízate, ¿quieres? —la interrumpo antes de que expulse ese feo insulto—. Por mucho que Irene se le insinúe, Adrián solo tiene ojos para ti.

Eso le gusta y la calma, momentáneamente, porque al llegar a los jardines se altera de nuevo cuando ve a Irene tonteando con Adrián.

—¡Es que es una zorra! —dice Esther al fin.

Esta vez no me da tiempo a evitar que pronuncie la palabra.

—Adrián, cariño, mira quién ha venido —manifiesta con dudosa alegría a la vez que mira desafiante a Irene, la cual le dirige una mirada de desprecio por haber interrumpido su coqueteo. A ella le da igual que Adrián esté comprometido. La verdad es que es una loba; suerte que Adrián la ignora.

—¡Chicos! —grita él al levantar la vista. De verdad se alegra de vernos, los cuatro somos muy buenos amigos—. Por fin, ya creía que me daríais plantón. Hola, cariño —le dice a Esther besándola con pasión—, no podía quitarme a Irene de encima, menos mal que estás aquí.

Esther responde a Adrián con otro apasionado beso, mirando por encima de sus hombros a la ridiculizada Irene que, con la boca abierta, se aleja en busca de otro sustituto con dinero.

—Te hemos traído un regalo, Adrián —le digo a mi amigo después de saludarlo.

—No hacía falta, Ana. Ya sabes que tengo de todo.

—De esto no tienes, te lo aseguro.

Es cierto que Adrián lo tiene todo. Posee cuanto quiere y más, pero seguramente no tenga ni siquiera algo parecido a lo que Aitor y yo le

hemos traído.

A pesar de toda su fortuna, Adrián es una persona considerada y cariñosa, nada arrogante, a la que le gusta también recibir cariño, algo que sus padres no le muestran demasiado. Por fortuna, Adrián está lejos de la superficialidad a la que ellos trataron de acostumbrarlo, y una prueba es la importancia que les otorga. Su familia es más valiosa para él de lo que él lo es para ellos. Y sus amigos somos su mejor apoyo.

—¡Guau! Es... preciosa —dice al ver su regalo. Casi se le saltan las lágrimas de unos ojos vidriosos cuando ve la foto, enmarcada perfectamente en una sofisticada pieza blanca.

En ella aparecemos Aitor, Esther, Adrián y yo cuando solo teníamos seis años, edad desde la cual nos conocemos. Nos la tomaron en el colegio en una fiesta de Navidad, vestidos de angelitos para la función de teatro. Casualidad o destino, pero los cuatro posamos sonrientes y felices, ajenos a las dificultades de la vida.

—Gracias, chicos —nos dice Adrián completamente sincero—, es el mejor regalo de todos.

La fiesta transcurre sin altercados escandalosos: algún que otro borrachuzo que monta un pequeño espectáculo, pero nada que impida divertirnos como acostumbramos a hacer cuando estamos los cuatro juntos. Bailamos, bebemos, nos reímos, volvemos a beber. Adrián y Esther se pierden en algún momento de la fiesta. Aitor y yo sabemos que se han escondido en algún lugar de la grandiosa casa para hacer el amor. La tienen entera para ellos, pues los padres de Adrián no están en la ciudad, como suele ocurrir. Ni siquiera para celebrar el veinticinco cumpleaños de su único hijo.

Aitor y yo apenas conocemos a la gente que hay allí: algún vecino, compañero de trabajo o de la universidad, incluso alguien del colegio que, entusiasmado por el interés que suscitan las famosas fiestas de Adrián, se ha dejado caer por el lugar; pero ningún amigo más. Somos solo y siempre nosotros cuatro. En realidad, no necesitamos a nadie más para divertirnos, aunque es cierto que a Adrián le gusta que sus fiestas sean multitudinarias y sonoras.

—Vamos, Ana, tomemos unos chupitos —me dice Aitor cogiéndome de la mano y arrastrándome hasta la barra que hay montada cerca de la piscina.

—¿Quieres emborracharme? —le pregunto con la lengua estropajosa.

—Ya estás borracha. Uno más no te hará daño.

Pero no es un chupito más lo que bebo, sino unos diez más, igual que él. Menudo colocón llevamos.

—Oh, Aitor, todo me da vueltas —le digo al cabo de un rato.

Mi cabeza va a estallar, igual que mi estómago, que amenaza con expulsar todo lo que ha ingerido, incluido el desayuno de la mañana.

—Llévame a la cama, cielo. Quiero hacer el amor contigo, hip —consigo decir torpemente, sin pensar, por supuesto, en lo que he dicho.

—Ana, no es cierto, estás borracha. Venga, te llevo a la cama, pero no para que te acuestes conmigo, sino para que duermas un rato.

Sosteniéndome en su regazo, me conduce hasta una de las habitaciones de invitados de la mansión. Me tumba en la cama, me arropa y deja encendida la luz de la mesita de noche. Lo oigo hablar con alguien. Es Adrián, que ha pasado por la puerta y ha visto la luz.

—¿Qué le ha pasado a Ana? ¡No me digas que...!

—Es obvio —escucho como Aitor le responde, y también como Adrián suelta una leve risa de asombro. No me extraña, no es eso lo normal en mí—. Si no introdujeras tanto alcohol en tus fiestas...

—¿Insinúas que tengo yo la culpa? Es tu novia la que no sabe tener el gaznate cerrado —expulsa Adrián, con risita lacónica incluida.

—Vamos a dejar que descanse un rato, luego la llevaré a casa. ¿Y Esther? ¿Ya la has agotado?

—Eso parece. Está completamente follada y dormida.

Se me escapa un sonido que trata de ser una risa y que ellos aprecian perfectamente, pero no dicen nada. Qué suerte tiene Esther, la han follado esta noche, justo lo que yo deseo en este momento, aunque consigo reaccionar ante la insensatez de mi subconsciente y me doy cuenta, por un momento, de que no es eso lo que realmente quiero, sino que son mis hormonas revolucionadas por el alcohol las que me han llevado a caer en esa dulce tentación.

—Vamos a tomar la última —oigo como Aitor le dice a Adrián.

Y yo caigo sumida en un profundo sueño.

—¿Qué pasa? —digo llevándome las manos a la cabeza.

—Nos vamos a casa, Ana, es tarde. La fiesta ya ha terminado.

—Quedémonos a dormir aquí, Aitor —me quejo—. No hay nadie en la casa, solo nosotros cuatro.

Suerte que mi cerebro aún recuerda lo que ha pasado y dónde estoy.

—No podemos. Yo trabajo mañana y tú tienes una entrevista en la radio, ¿recuerdas?

—Oh, es cierto, la entrevista... La había olvidado.

A través del director de mi tesis había encontrado a un periodista interesado en impulsar mi estudio sobre el uso adecuado y aconsejado de la leche materna en los recién nacidos. No podía rechazar la oportunidad de hablar de ello a todos los oyentes de una de las emisoras más oídas de todo el país.

Aitor me ayuda a meterme en el coche; todavía estoy mareada y revuelta. Me abrocha el cinturón de seguridad y me deja la ventanilla abierta, para que me entre el frío aire de la noche.

—Qué bien sienta —digo cuando noto la brisa fresca cortando mi cara. Pero, al cabo de un rato, el aire es demasiado frío y se me congela el rostro y el cuerpo, así que decido subir la ventanilla.

—¿Estás mejor, Ana? —me pregunta Aitor con bastante preocupación.

—No, tengo ganas de vomitar. Además, vas muy rápido y hay muchas curvas en esta carretera. Así solo consigues que el estómago se me revuelva más.

Noto que aminora la marcha, pero eso no es suficiente para calmar mi rugiente estómago. De pronto, algo se cruza en nuestro camino, un animal, tal vez, no me da tiempo a verlo. Aitor frena bruscamente, pero la velocidad del coche es excesiva para detenerlo a tiempo antes de caer por el barranco.

Quiero creer que todo ha sido una pesadilla, que nada ha pasado. Pero no es así. Es real.

Hace tres días que salí del hospital. Al parecer, he pasado casi cuarenta y ocho horas inconsciente en una de sus frías, y poco acogedoras, habitaciones. He ido a ver a Aitor. Él todavía está allí, enganchado a una

máquina que lo mantiene con vida.

El accidente ha sido peor de lo que yo imaginaba. Mi último recuerdo es el de unos ojos azules aterrados por la certeza de una muerte injusta y prematura, una delgada nariz que sangra irreverentemente y mis propias convulsiones provocadas por el inminente e inevitable vómito a causa no solo de un estómago revuelto y cargado de alcohol, sino también a causa del miedo que siento. Mi último recuerdo es cómo me ahogo en mi propio vómito. No quiero recordarlo.

Miro a Aitor. Está lleno de tubos, cables y agujas. ¿Estará sufriendo? Lo peor es que no puedo hacer nada por él. Llora. ¿Por qué, Aitor? ¿Por qué a nosotros?, me pregunto. Tal vez es un castigo por haber bebido en exceso, o por haber corrido demasiado con el coche, o por ambas cosas. Teníamos toda una vida por delante, juntos. Y ahora uno de los dos va a morir. Aitor se muere. Y yo lo haré con él.

No sé cómo salimos de aquel coche que se convirtió en nuestra tumba. Me lo han explicado, pero ni siquiera lo recuerdo. Solo sé que mi alma tendría que haberse quedado en aquel lugar, junto a la de Aitor. Lo que sí recuerdo de la explicación que me han dado es que Aitor sufrió un fuerte golpe en la cabeza que le provocó un traumatismo craneoencefálico. En otras palabras, su cerebro se rajó y eso le provocó una grave hemorragia.

—Aitor, por favor, despierta. Te necesito —le digo mientras lo miro envuelta en un llanto mudo. Creo que la pena va a acabar conmigo en ese mismo momento—. Despierta, Aitor —repito, pero él no me escucha.

Aitor no me escucha desde hace un año. Sin embargo, yo he venido a verle cada día, cada hora, cada minuto. No pienso abandonarlo.

—Ana, hija mía, vamos a casa. Ya es tarde —me dice mi madre, preocupada por mi estado de salud.

He adelgazado mucho, mi rostro ha palidecido hasta parecer el de un cadáver, apenas he dormido en este último año y mis ojeras están muy pronunciadas. Casi no tengo fuerzas porque no he comido ni descansado. Pero todo eso me da igual. Solo quiero que Aitor despierte.

—Ana, si Aitor despierta, te avisarán. Vámonos, por favor —me repite—. Tienes que comer. Y dormir.

—No tengo hambre, mamá, ni sueño.

—Por favor, Ana, si no te alimentas, morirás tú también —me dice mi madre bruscamente. La miro con displicencia pues, aunque me trae sin

cuidado, me desagrada oírlo de ella.

—No me importa —le digo al fin—. Es lo que tenía que haber hecho aquel día.

—¡Pero es que no te das cuenta de que estás hablando conmigo! ¡Yo no quiero perderte, Ana! ¡Eres mi hija! Sobreviviste al accidente, y debes asumirlo, lo mismo que debes asumir que tu vida continúa, por muy duro que sea para ti vivirla sin él.

La miro fijamente, pero mi mente no piensa en nada, está ausente. He oído a mi madre, sí, aunque no la he escuchado. Ya no escucho a nadie, ni siquiera a Esther o a Adrián, que han intentado por todos los medios sacarme de aquella terrorífica habitación, incluso de hacerme retomar mi vida, pero yo los he ignorado. A todos. Y seguiré haciéndolo hasta que Aitor vuelva a la vida.

—Porque tienes que volver, Aitor —le susurro, sola y aterrada en la penumbra de la habitación. Ha pasado otro año más, y no he dejado de venir a visitarlo—. Tienes que volver —repito—, porque tienes que seguir llamándome preciosa, tienes que hacerme el amor. Tenemos aún muchas cosas que hacer juntos, Aitor. Tienes que volver.

Siento que estoy enloqueciendo, que mi cabeza ha perdido parte del control que ejercía sobre mi cordura. No sé qué hacer. En realidad, no hay nada que hacer, salvo esperar.

Esperar.

—¿Quieres que vayamos al cine, Ana? —me pregunta Esther. Estamos tomando un café en la habitación que casi se ha convertido en mi casa—. Hoy estrenan una buena película.

—¿Cuál? —inquiero, aunque la verdad es que no me importa.

—No recuerdo el título, pero es de una investigación comprometedora para la Casa Blanca. Vamos, amiga, la investigación es tu fuerte.

—Querrás decir que era mi fuerte.

—Tienes que retomararlo, Ana. Estoy segura de que es lo que Aitor querría —me dice malhumorada. Yo no contesto sobre eso.

—Vale, iremos al cine —digo solamente.

Después de pasar tres años visitando a una persona que no me escucha en la habitación de un hospital, día y noche, noche y día, creo que una escapada a una sala de cine no tiene nada de malo. Por fin Esther

sonríe feliz; ha conseguido sacarme de ese horripilante lugar donde la desesperanza se respira en sus cuatro rincones.

Tras un tiempo, casi otro año más, he conseguido dejarme llevar por mis amigos, mi familia. Los estaba matando poco a poco, y no quería hacerles más daño. En parte, he enderezado mi vida, he retomado mis estudios de investigación y he conseguido un empleo gracias a ellos. Pero sigo estando perdida. Sigo echándole de menos. Sigo queriéndolo. Y sigo visitándolo cada día, es algo que no me importa. El tiempo que paso junto a él es el más valioso de mi vida.

—Mi equipo y yo contamos con el apoyo de las autoridades pertinentes para llevar a cabo nuestro nuevo estudio —le explico a Aitor mientras me como un bocadillo preparado por mamá. Está delicioso—. ¿Sabes que la clonación terapéutica para tratar enfermedades actualmente incurables es posible?

Siempre le cuento a Aitor mi día a día, mis investigaciones, mis descubrimientos, todo lo relacionado conmigo y con nuestros amigos. Sabe que Esther y Adrián se casaron hace un par de meses, que siguen siendo tan ricos como eran antes, o más, y que están tan enamorados como lo estaban ellos. En verdad, no creo que lo sepa, pero a mí me alivia contárselo, me hace sentir que, de algún modo, sigo unida a él.

—Tengo que marcharme, Aitor, pero volveré mañana. Te quiero —y le beso en la frente, después en los labios. Tengo su mano cogida y la aprieto fuertemente. Siempre lo hago cuando me despido de él, pero no siento que él me responda.

En cambio, esta vez es distinto. Mi corazón da un vuelco. Noto cómo su mano ejerce presión sobre la mía, incluso me aprieta firmemente, es difícil soltarse de ella; aunque en realidad, no quiero hacerlo.

—¡¡Aitor, Aitor!! —grito.

Y de pronto, abre los ojos.

—¡¡Enfermera, enfermera!! —la llamo con desesperación a la vez que una irrefrenable ilusión invade todo mi cuerpo—. ¡Enfermera!

Mientras llega, Aitor mantiene sus ojos abiertos, mirándome fijamente, su mano aprieta la mía, y exhala un suspiro. Después, débilmente y con mucha dificultad, pronuncia mi nombre.

—A...N...A...

—¡Oh, Aitor! Aquí estoy, mi vida.

Lloro sin control, y de inmediato, noto como me separan de él, arrancándome de su lado, de su fría mano que me sujeta aferrándose a la vida.

—¡No, Aitor...! —voceo con rabia—. ¡Aitor!

Pero me sacan de allí y me dejan sola en mitad del oscuro y deshabitado pasillo. Lloro. Mi cabeza no para de funcionar. Aitor se ha despertado, y ha pronunciado mi nombre. Es lo primero que ha hecho.

Trato de tranquilizarme. Saco mi móvil del bolsillo trasero del pantalón y hago unas llamadas. Enseguida la compañía de Esther y Adrián me apacigua, calmando mis agitados nervios. Al minuto, empiezan a llegar sus familiares, y detrás, mis padres. Ahora me siento arropada por el calor de todos ellos, aunque no estoy más tranquila. De todas formas, agradezco su presencia, pues creía que sola iba a desplomarme y la falta de información por parte de los médicos me estaba haciendo enloquecer.

Al cabo de un rato, para mí interminable, llega la información deseada. El médico que ha estado llevando la lenta evolución de Aitor nos emite su pronóstico. Al parecer, Aitor ha salido del coma, después de cuatro años inmovilizado en una fría cama de hospital; pero afortunadamente, no tiene lesiones graves e irreparables. Para nuestra sorpresa y alivio, no ha perdido la memoria ni tiene ninguna lesión que le incapacite. Solo el hecho de que el habla se le ha visto afectada, pero, poco a poco, la recuperará. Por esa razón le ha costado tanto pronunciar mi nombre. Según el doctor, es normal que una lesión de este tipo afecte a un enfermo crítico, aunque nos ha dado esperanzas sobre su recuperación.

Aparte de eso, la movilidad de su cuerpo también está afectada, lo cual es lógico después de pasar demasiado tiempo fosilizado en la cama. El doctor nos explica que se trata de una tetraparesia, típica de un enfermo crítico, algo que a mí me suena a chino pero que no es otra cosa que una parálisis incompleta o ligera de las cuatro extremidades; cualquier enfermo en estas circunstancias la padecería. Con rehabilitación intensa irá recuperando la movilidad de sus miembros.

He pasado cuatro años yendo cada día a visitar a Aitor al hospital, sufriendo con él pero esperanzada por que algún día abriese los ojos, y ahora, de pronto, ha despertado. Aitor ha regresado a la vida. Es un milagro.

Estoy impaciente por verle, por hablarle, por ser escuchada, por fin. Sin embargo, espero a que su familia lo haga primero; al fin y al cabo, son sus padres. Después de un rato, me permiten pasar, y nos dejan a solas. Saben lo que he hecho todo este tiempo por él, lo que Aitor significa para

mí, y lo mucho que tenemos que decirnos.

—Aitor... —le digo cuando estoy junto a él.

Intento agarrarle la mano pero él, débilmente, me rechaza. Frunzo el ceño, extrañada por su reacción.

—¿Q-qué... ha...ces... aquí, A...na? —me pregunta con un esfuerzo sobrehumano; le cuesta articular las palabras.

—¿Qué? —digo yo, sin entender—. ¿Tú... no quieres que esté aquí?

Una lágrima me brota inesperadamente. No puedo creer que Aitor rehúse mi presencia.

—¿Por... qué no has... re...hecho tu... vi...da?

¿Mi vida?, me pregunto a mí misma. ¿Qué vida? No la tenía sin ti. Quiero decirle que sin él no quería vivir, que incluso pensé en el suicidio. Pero pienso que escuchar eso sería aún más trágico para él, así que decido serle sincera, mostrarle mis verdaderos sentimientos, con una emoción sensible, a flor de piel.

—Aitor, te quiero —se me escapa una lágrima y la voz se me quiebra—. Te quiero desde aquel día que me salvaste de aquellos delincuentes que intentaron abusar de mí —casi no puedo hablar—. Después me llevaste a casa en tu moto, en una noche pasada por agua. ¡Nos empapamos! Menuda pulmonía agarré, ¿lo recuerdas, Aitor? —hago una pausa, deseando que él me regale un gesto, pero su rostro sigue impasible—. Hace ya casi cinco años de aquello —me estremezco al recordarlo—. Caí enferma después de aquella noche, y tú no dejaste de venir a verme ni un solo día, hasta que me recuperé. Entonces teníamos veinticuatro años. Mis padres se alegraron mucho; nunca antes había llevado a un chico a casa, aunque en realidad, yo no te llevé: tú te colaste en ella.

Me doy cuenta de que eso le hace reír, mas su sonrisa es casi inapreciable.

—No podía abandonarte, Aitor —continúo diciéndole—, no quería. Sabía que tarde o temprano despertarías, y deseaba estar aquí cuando lo hicieras.

Él no dice nada, no sé si porque no puede hablar o porque no tiene nada que decir.

—¿Tú... me quieres, todavía? —me atrevo a preguntarle. De pronto, me arrepiento de haberlo hecho; me da miedo conocer la verdad, sobre todo

si es dura de soportar.

Aitor mueve la cabeza con dificultad, asintiendo a mi pregunta. Entonces, mi corazón, paralizado por un momento, vuelve a palpar.

Ha sido una recuperación larga, lenta y dura, pero ha valido la pena. Después de más de cuatro meses yendo con él a rehabilitación todos los días, Aitor ha recuperado la movilidad de todo su cuerpo, y por supuesto, el habla. Físicamente, es como si nada hubiese pasado, pero, emocionalmente, es difícil olvidar aquella trágica noche que cambió nuestras vidas, una noche que casi nos separa para siempre.

Adrián va a celebrar su trigésimo cumpleaños y, para no perder la costumbre, organiza una fiesta en la antigua mansión de sus padres, ahora suya, después de haberla heredado tras la repentina muerte de sus progenitores hace unos años. Es una fiesta espléndida, como siempre, solo que ahora recibe la colaboración de su preciosa mujer, la cual le ayuda a organizarla. Esther fue su principal apoyo cuando tuvo lugar el trágico accidente de sus padres, y, si antes de eso, la adoraba, ahora daría su vida por ella. Jamás pensé que podría nacer un amor tan puro entre ellos, y mucho menos después de los comienzos de su relación, basados principalmente en el sexo.

—¡De nuevo los cuatro juntos! —exclama Esther cuando nos ve aparecer.

Hacía años que Adrián no celebraba su cumpleaños, desde aquella vez..., y las expectativas de la fiesta han cambiado. Esta nueva fiesta es mejor que todas las anteriormente celebradas. Para empezar, los invitados no son desconocidos para nosotros: algún familiar cercano de Adrián, como sus primos y los hijos mellizos de sus primos, unos bebés adorables que aportan una sensación de familiaridad muy agradable a la velada, y nosotros cuatro, inseparables como antes. Los únicos rostros no conocidos del salón son los de los camareros que nos sirven puntualmente la cena, contratados por Adrián y su bella mujer que, como es habitual en ellos, no han reparado en gastos.

La velada es tranquila, interesante y familiar. Al cabo de un rato, los parientes de Adrián se marchan, pero nosotros continuamos con la celebración; tenemos mucho por lo que brindar.

—Por nuestra unión, chicos —dice Adrián levantando su copa de vino—.

Por volver a estar los cuatro juntos, como lo estábamos antes.

Imitamos su gesto y lo repetimos una vez más, con moderación. Somos más adultos, y ya no abusamos. Además, Aitor y yo vamos a pasar la noche en la mansión; no hay peligro de conducir ebrios. No obstante, si tuviésemos que hacerlo, no se nos ocurriría probar una sola gota de alcohol. Una muy desagradable experiencia ya fue suficiente.

Nos despedimos de Esther y Adrián y nos retiramos a nuestra habitación, aquella que una noche me sirvió para recuperarme de una borrachera que, de paso sea dicho, espero poder olvidar algún día.

—Bueno, Aitor, tendremos que recuperar el tiempo perdido, ¿no crees?
—me insinúo, contoneándome coqueta.

—¿Estás segura, preciosa? —su voz suena apasionada, y yo me derrito por dentro al escuchar de nuevo esa tierna palabra en sus labios. Hacía tanto que no la oía...

Asiento, completamente consciente de lo que va a suceder en esa habitación y completamente segura de querer hacerlo.

Encendemos la luz de una bonita lámpara situada sobre una bonita cómoda y también algunas velas que, imagino por qué, Esther ha dejado esparcidas por la habitación. También hay velas en el baño, y se me ocurre tomar uno con él antes de hacer nada, para relajarnos un poco. Estoy nerviosa porque para mí es la primera vez, pero noto que Aitor también lo está, quizá porque sabe que es mi primera vez y lo que significa para mí. O quizá porque tema no cumplir con las expectativas. Sin embargo, confío en él.

El agua está caliente; se agradece. Estamos abrazados dentro de la bañera isabelina, pero yo estoy temblando.

—Tranquila, Ana —me susurra Aitor cerca del oído—. Todo irá bien —y me besa dulcemente en la cabeza.

Tengo el pelo recogido en un moño y mi nuca está desnuda, al alcance de sus labios. Me la besa, y eso hace que me estremezca. Siento cómo el deseo se apodera de mi cuerpo, y poco a poco voy cogiendo confianza en mí misma.

—¿Estás preparada, Ana?

Su pregunta me pilla desprevenida, pues estaba extasiada disfrutando de mi ardiente sensación de placer.

—Sí, lo estoy —respondo aturdida, a la vez que la pasión me cautiva.

Me saca del agua y, en sus brazos, me conduce hasta la espléndida cama de la habitación, empapando el suelo de gotas de agua. Agradezco que la chimenea esté funcionando a tope, aunque el gélido estremecimiento del momento desaparece enseguida, tornándose, repentinamente, acalorado. Es como si el fuego de la chimenea se hubiese metido en mi piel.

No puedo estar más feliz. Estoy con Aitor, bajo la delicada luz de unas sugerentes velas colocadas a propósito. Sonrío en mi interior, agradeciéndole a Esther el toque de romanticismo con el que siempre he soñado. Me tumba sobre la cama y dice las palabras mágicas:

—Preciosa Ana. Te quiero.

Mi cuerpo se acelera por varias razones: ha pronunciado la primera palabra mágica, la que me hace enloquecer; después, la segunda, la que nunca antes había pronunciado. Pero también, y sobre todo, mi cuerpo se acelera porque estoy excitada a más no poder.

Y en ese cálido lugar, Aitor me hace el amor.

Hemos superado muchas barreras, las típicas que la vida te pone en el camino: enfermedades, momentos de dolor y sufrimiento por las muertes de nuestros familiares, fracasos personales..., pero todo lo hemos hecho juntos, entendiéndonos, respetándonos y amándonos. Y también hemos vivido maravillosos momentos que la vida nos ha regalado. Nuestros cuatro hijos han sido el mayor regalo que esta nos ha hecho. Pero ya han pasado cincuenta y cinco años desde aquel accidente que cambió nuestras vidas para siempre. Ahora, con ochenta años ambos, la vida nos plantea un nuevo dilema. Aitor está enfermo, y además, tiene alzhéimer. Desde que se lo diagnosticaron, hace tres años, he tratado de hacer todo lo posible porque no olvidara a sus hijos, ni a sus nietos, ni a sus amigos, ni a mí. Creí haberlo conseguido, pero hoy me he dado cuenta de que Aitor ya no sabe quién soy. Es el peor de los sufrimientos, mirarlo a sus preciosos ojos azules y no encontrar nada en ellos, solo unos ojos ausentes, perdidos, totalmente desconocidos, lo mismo que los míos para él.

¿Qué hacer? Ya ni siquiera está permitida la esperanza, pues Aitor no está, se ha ido, y no va a volver. No ha muerto, aún no, pero para mí es como si lo estuviese, es incluso peor que cuando estuvo en coma, sin abrir los ojos, sin mover sus manos. Pero entonces me quedaba esperanza, pues sabía que algún día despertaría. Y lo hizo. Despertó. Volvió. En cambio, ahora no lo hará, no volverá. Tiene ochenta años, padece del

corazón, y sufre la triste e impotente enfermedad de Alzheimer que te hace olvidar hasta tu nombre. Pierdes tu propia identidad, ¿hay algo peor que eso?

He tomado una decisión, por fin. Es dura, trágica, y mis hijos no la aprobarán, pero yo no sé vivir sin Aitor. Ellos, en cambio, tienen a sus hijos y a sus maridos y mujeres. Y saben cuidarse solos. Podrán vivir sin papá. Sin mamá. Sé que es un acto de cobardía, pero cuando Aitor muera, algo que es inminente, yo lo haré con él. Solo espero que mis hijos me comprendan y me perdonen. Saben lo que su padre significa para mí.

He hecho las cosas lo mejor que he podido, he llevado mi vida por donde he querido y siento que he sido dichosa en ella. Pero, como para todo, hay un final, y ese final es este: mi vida acaba con la suya. Moriré de todas formas, sin embargo, ¿qué prefiero? ¿Morir de pena, o morir dormida en mi cama arropada por las sábanas que tantas veces Aitor y yo hemos sudado, las mismas que tantas veces nos han abrigado?

Y ahora lo sé, mientras lo miro con firmeza a sus ojos, intentando que él me vea: moriré cobardemente. Lo prefiero a sufrir el dolor de su ausencia.

—Te amo, Aitor.

Son mis últimas palabras dirigidas a él.

Aitor cierra los ojos. Nunca más los abrirá. Está acurrucado en nuestra cama, y yo junto a él.

Inmediatamente, yo cierro los míos. Y lo hago para siempre.